

minotauro

RAY BRADBURY

CONDUCIENDO A CIEGAS



RAY
BRADBURY
CONDUCIENDO A CIEGAS

minotauro

Título original: *Driving Blind*

© 1997 Ray Bradbury
© Traducción de Matilde Horne

© Editorial Planeta, S. A., 1999
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-450-0758-7
Depósito legal: B. 21.109-2020

Preimpresión: Realización Planeta
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Tren nocturno a Babilonia

James Cruesoe estaba en el coche-salón de un tren que salía de Chicago a toda velocidad, traqueteando y bamboleándose como borracho, cuando el revisor pasó dando tumbos, echó una ojeada al bar, le guiñó el ojo a Cruesoe y se alejó haciendo eses. Cruesoe aguzó el oído.

Jaleo, gritos, exclamaciones.

«Es el balido –pensó– de borregos aterrorizados, contentos de que les esquilen hasta el pellejo; o alas delta precipitándose al vacío sin las alas.»

Cruesoe parpadeó.

Porque allí, en el bar, atraído por algún foco indiscernible de regocijada consternación, había un puñado de hombres disfrutando del atraco a mano armada, dejándose escamotear, complacidos, la lucidez y las carteras.

Es decir: apostadores.

«Apostadores novatos», pensó Cruesoe, y se incorporó y se tambaleó a lo largo del pasillo para asomarse entre las cabezas de esos hombres de negocios que se comportaban como una turba de colegiales.

–¡Eh, mira! ¡Ahí viene la reina! Se va. ¡Presto!
¿Adónde?

–¡Allí! –gritaron a coro.

–Caray –exclamó el que sacaba las cartas–. ¡He perdido hasta la camisa! ¡Otra vez! ¡La reina viene, la reina va! ¿Adónde?

«Les dejaré ganar dos veces –pensó Cruesoe–. Luego hará saltar la trampa.»

–¡Allí! –gritaron todos.

–Oh, Dios –dijo el jugador invisible–. ¡Esto es la ruina!

Cruesoe tenía que mirar, se moría por ver a ese avisnado mago de vodevil.

De puntillas, sin saber con qué se iba a encontrar, separó algunos hombros anhelantes.

Pero el hombre que vio no tenía cejas peludas como orugas, ni bigotes encerados, ni tampoco pelos en las orejas y la nariz. Ni le abultaba el cráneo bajo la piel. Vestía un traje corriente color gris torcaz con una corbata gris oscuro bien anudada. Tenía las uñas limpias, pero sin arreglar. ¡Increíble! Un ciudadano normal y corriente, con el aire apacible de un tipo a punto de perder a la brisca.

«Ah, claro», pensó Cruesoe, en tanto el jugador barajaba lentamente las cartas. Esa parsimonia delataba al truhan con máscara de ángel. Bajo la formalidad de la ropa yacía como una epidermis pálida el fantasma de un vendedor de organillos de feria.

–¡Atención, caballeros! –Agitó las cartas–. ¡No apuesten demasiado!

Los hombres respondieron echando dinero a paladas en la caldera.

–¡Guau! ¡No más de cuatro billetes por apuesta! ¡Sean juiciosos, señores!

Las cartas brincaban por el aire mientras el tahúr miraba alrededor, ajeno a lo que hacían sus manos.

—¿Dónde está mi pulgar izquierdo; y el derecho? ¿O es que tengo tres pulgares?

Se rieron. ¡Qué chistoso!

—¿Confundidos, amigos? ¿Despistados? ¿Me tocará perder otra vez?

—¡Sí! —balbucearon todos.

—Maldita sea —dijo el tahúr, estrujándose las manos—. ¡Maldita sea! ¿Dónde está esa reina roja? ¡Empecemos de nuevo!

—¡No! ¡La del medio! ¡Destápala!

La carta fue destapada.

—Oh, Dios mío —se oyó un jadeo asombrado.

—No puedo mirar. —El tahúr tenía los ojos cerrados—. ¿Cuánto he perdido ahora?

—Nada —susurró alguien.

—¿Nada? —El tahúr parecía atónito y abrió los ojos de golpe.

Todas las miradas se clavaron en el naipe negro.

—Vaya —dijo el tahúr—. ¡Creí que me habíais pillado!

Los dedos se le desplazaron como arañas hacia la derecha, otro naipe negro, luego se alejaron hacia la izquierda. ¡La reina!

—Demonios —suspiró—. ¿Por qué está ahí? ¡Por Dios, muchachos, recoged vuestro dinero!

—¡No! ¡No! —Negando con la cabeza—. Has ganado. No has podido evitarlo. Fue pura...

—De acuerdo. ¡Si insistís! ¡Atención!

Cruesoe cerró los ojos. «Este es el fin», pensó. De ahora en adelante perderán y apostarán y volverán a perder. Les ha entrado la fiebre.

—Lo siento, caballeros. Qué se le va a hacer. ¡Ya!

Cruesoe sintió que las manos se le volvían puños. Tenía otra vez doce años, un bigote postizo sobre el labio superior y estaba en una fiesta con sus compa-

ñeros de colegio y el monte de tres cartas sobre la mesa.

–¡Mirad cómo desaparece la reina roja! –Y los chicos gritaban y reían mientras las manos de él se movían con celeridad para ganarles el caramelo, que luego devolvía para mostrarles que los quería.

–¡Uno, dos, tres! ¿Dónde la veré?

Sintió que él mismo murmuraba las viejas palabras, pero la voz era la de este mago ladrón de carteras que contaba el dinero en un tren nocturno.

–¿Habéis perdido otra vez? ¡Por Dios, amigos, dejadlo antes de que os maten vuestras mujeres! Muy bien, as de picas, rey de tréboles, reina roja. ¡No volveréis a verla!

–¡No! ¡Ahí!

Cruesoe se dio media vuelta, farfullando. «¡No escuches! ¡Siéntate! ¡Bebe! Olvídate de tu fiesta de cumpleaños, de tus amigos. ¡Rápido!»

Dio un paso, pero:

–Con esta van tres veces que perdéis, muchachos. Ahora tengo que cerrar la tienda y...

–¡No, no, no te vayas ahora! Tenemos que recuperar el maldito dinero. ¡Reparte!

Y como aguijoneado, Cruesoe se volvió y regresó al avispero.

–La reina siempre estuvo allí, a la izquierda –dijo. Las cabezas se volvieron.

–Estaba allí todo el tiempo –dijo Cruesoe, más alto.

–¿Y usted quién es, señor? –El tahúr recogió las cartas sin alzar la vista.

–Un aprendiz de mago.

–¡Vaya por Dios, un aprendiz de mago! –El tahúr peinó la baraja.

Los hombres retrocedieron.

Cruesoe respiró hondo.

–Yo sé hacer el monte de tres cartas.

–Enhorabuena.

–No voy a intervenir, yo sólo quería que esta buena gente...

Hubo un murmullo apagado de la buena gente.

–... sepa que cualquiera puede ganar al monte de tres cartas.

Mirando para otro lado, el tahúr le pasó las cartas.

–¡Muy bien, don sabelotodo, reparte! Caballeros, hagan sus apuestas. Nuestro amigo aquí presente toma el mando. Vigílenle las manos.

Cruesoe temblaba de frío. Las cartas seguían en la mesa.

–Vamos, chico. ¡Tómalas!

–No sé hacer bien el truco, sólo sé cómo se hace.

–¡Ja! –El tahúr echó una mirada alrededor–. ¿Oís eso, muchachos? Sabe cómo se hace, pero no sabe hacerlo. ¿Cierto?

Cruesoe tragó saliva.

–Cierto. Pero...

–Pero ¿qué? ¿Un lisiado aleccionando a un atleta? ¿Un cojo marcándole el paso a un corredor? Caballeros, ¿quieren ustedes cambiar de caballo aquí... –Eché un vistazo por la ventanilla. Las luces pasaban veloces–... a mitad de camino de Cincinnati?

Los caballeros lo miraban airados, murmurando.

–¡Pues adelante! Enséñanos cómo les robas a los pobres.

Las manos de Cruesoe se apartaron bruscamente de las cartas, como si le quemasen.

–¿Prefieres no timar a estos idiotas en mi presencia? –preguntó el tahúr.

¡Qué bicho insidioso! Al oírse así nombrados, los idiotas asistieron con un rugido.

—¿Es que no ven lo que está haciendo? —les preguntó Cruesoe.

—Sí, sí, ya lo vemos —farfullaron—. Estamos en paz. Una vez pierdes y otra ganas. ¿Por qué no te vas por donde has venido?

Cruesoe echó un vistazo a la oscuridad que se precipitaba hacia el pasado, las ciudades que desaparecían en la noche.

—¿Me acusa usted, señor —le dijo el tahúr del rápido—, en presencia de todos estos caballeros, de violar a sus hijas y molestar a sus esposas?

—No —dijo Cruesoe, por encima del tumulto—. Sólo de hacer trampas con las cartas.

Bombardeos, sacudidas, erupciones de indignación mientras el jugador se inclinaba hacia delante.

—Muéstrenos, señor, dónde están entintadas, marcadas o trucadas estas cartas.

—No hay marcas, ni tintas, ni tampoco trucos —dijo Cruesoe—. Es pura prestidigitación.

¡Jesús! No habría sido muy diferente que hubiera exclamado ¡prostitución!

Una docena de ojos se pusieron en blanco.

Cruesoe movió los naipes sobre la mesa.

—No están marcadas —dijo—. Pero ¿no tiene usted las manos conectadas a las muñecas o a los codos y no está todo por último conectado a...?

—¿A qué, señor?

—A su corazón —dijo Cruesoe, desalentado.

El trilero sonrió con sarcasmo.

—Señor mío, no estamos en una excursión romántica a las cataratas del Niágara.

—¡Eso es! —gritaron todos.

Un gran muro de rostros lo enfrentaba.

—Estoy muy muy cansado —dijo Cruesoe.

Se sintió dar media vuelta y echar a andar, tambaleante, mareado por el traqueteo del tren, izquierda, derecha, izquierda, derecha. El revisor lo vio venir y de un billete de viaje ya perforado perforó una pizca de confeti.

–Señor –dijo Cruesoe.

El revisor escrutaba la noche que huía por la ventanilla.

–Señor –dijo Cruesoe–. Mire allá.

El revisor clavó desganadamente la mirada en el corrillo reunido en el bar, que gritaba mientras el tahúr alentaba nuevas esperanzas sólo para frustrarlas otra vez.

–Parece que se están divirtiendo –dijo el revisor.

–¡No, señor! Todos esos hombres están siendo estafados, desplumados, esquilmados...

–Un momento –dijo el revisor–. ¿Es que están perturbando el orden? Más bien me parece una fiesta de cumpleaños.

Cruesoe echó una ojeada al corredor.

Una manada de búfalos pataleantes, enfurecidos con los hados, esperando impacientes que los trasquilan.

–¿Y? –dijo el revisor.

–¡Quiero que echen a ese hombre del tren! ¿No se da cuenta de lo que está haciendo? ¡Ese truco está en cualquier libro barato de magia!

El revisor se inclinó hacia Cruesoe para olerle el aliento.

–¿Conoce usted a ese jugador, señor? ¿Es amigo suyo alguno de ellos?

–No, yo... –Cruesoe tragó saliva y se detuvo–. Dios mío, ahora caigo. –Clavó la mirada en el rostro inexpresivo del revisor–. Usted –dijo, pero no pudo seguir.

«Trabaja con él –pensó–. ¡Se reparten el dinero al final del viaje!»

–Espere –dijo el revisor. Sacó un librito negro, se chupó los dedos, volvió las páginas–. Ajá –dijo–. Fíjese en todos los nombres bíblicos y egipcios. Memphis, Tennessee. Cairo, Illinois. ¡Sí! Y este es el que tenemos más cerca. Babilonia.

–¿Dónde va a echar del tren a ese delincuente?

–No. A otro.

–No puede hacerlo –dijo Cruesoe.

–¿No? –dijo el revisor.

Cruesoe se volvió y se alejó tambaleándose.

–Pedazo de idiota, estúpido cretino –murmuró–.
¡A ver si aprendes a callarte la boca!

–Listo, caballeros –gritaba el insidioso tahúr–. No más historias. ¡Fuera moscones! ¡Oh, no! ¡Otra vez el aguafiestas!

«Demonios, mierda, maldición», fue la respuesta de casi todos.

–¿Quién te crees que eres? –le espetó Cruesoe.

–Me alegro de que lo preguntes. –El tahúr se echó atrás en la silla, lo que permitió que la manada de lobos devorase las cartas con los ojos–. A ver si adivinas adónde voy mañana.

–A Sudamérica –dijo Cruesoe–. A apoyar a algún dictador de pacotilla.

–No está mal. –El fullero asintió–. Continúa.

–O camino de alguna pequeña nación europea donde algún chiflado tiene a sueldo un hechicero para que chupe la sangre del país y la deposite en un banco suizo.

–¡Este chico es un poeta! Aquí tengo una carta, de Castro. –Se llevó la mano de fullero al corazón–. Y una de Bothelesa, y otra de Mandela, de Sudáfrica. ¿Cuál

elijo? A ver. –Por la ventanilla el tahúr echó una ojeada a la tormenta embravecida–. Elige cualquier bolsillo, derecho, izquierdo, dentro, fuera. –Se tocó la chaqueta.

–Derecho –dijo Cruesoe.

El hombre metió la mano en el bolsillo derecho, sacó un mazo de naipes y lo tiró sobre la mesa.

–Ábrelo. Eso es. Bien, ahora baraja rápido y reparte. ¿Ves algo?

–Bueno...

–Dame. –La tomó–. El próximo monte lo haremos con la baraja que tú mismo elijas.

Cruesoe meneó la cabeza.

–El truco no está ahí. Está en cómo se ponen y se levantan las cartas. Cualquier baraja vale.

–¡Elige!

Cruesoe eligió dos dieces y una reina roja.

–¡Muy bien! –El tahúr montó las tres cartas unas sobre otras–. ¿Dónde está la reina?

–En el medio.

El hombre la volvió con presteza.

–Eh, eres bueno. –Sonrió.

–Pero tú eres mejor, y ese es el problema –dijo Cruesoe.

–Mira, ¿ves este montón de billetes de diez? Esa es la apuesta, lo que acaban de poner estos caballeros. Ya has interrumpido bastante la partida. ¿Juegas o vas de mirón?

–Mirón.

–Bien. ¡Allá van! Sale la reina. La reina aquí, la reina allí. ¡Se perdió! ¿Dónde? ¿Estáis dispuestos a arriesgarlo todo, muchachos? ¿Queréis echaros atrás? ¿Todos a la misma?

Cuchicheos agitados.

–Todos –dijo uno.

–¡No! –dijo Cruesoe.

Una docena de maldiciones encendieron la atmósfera.

–Don sabelotodo –dijo el tahúr con una calma mortal–, ¿no entiendes que con tus interferencias conseguirás que estos caballeros lo pierdan todo?

–No –dijo Cruesoe–. No son mis interferencias. Son tus manos las que reparten las cartas.

Abucheos. Silbidos.

–¡Vamos! ¡Por Dios, vamos!

–Bien. –Con las tres cartas todavía bajo sus hábiles dedos, el tahúr miraba la tormenta que rugía al otro lado de la ventanilla–. Lo has echado todo a perder. Los has fastidiado. Tú y sólo tú has venido a molestar, a estropear el ambiente, a romper el aura, la burbuja que envolvía esta partida. Cuando yo levante la carta puede que mis amigos te echen del tren.

–No se atreverán –dijo Cruesoe.

La carta fue levantada.

Con un rugido el tren arrancó en medio de una tromba de lluvia, truenos y relámpagos. Un momento antes de que la puerta del vagón se cerrara de golpe, el tahúr arrojó un puñado de cartas al aire sulfuroso. Echaron a volar: una bandada de palomas sangrantes que acribillaron el pecho y el rostro de Cruesoe.

El coche-salón pasó traqueteando y sacudiéndose, con una docena de rostros volcánicos de ojos furibundos aplastados contra las ventanillas, los puños aporreando el cristal.

La maleta dejó de rodar.

El tren se había ido.

Esperó largo rato y luego lentamente se agachó y empezó a recoger las cincuenta y dos cartas. Una a una. Una a una.

Una reina de corazones. Otra reina. Otra reina de corazones. Y otra más.

Una reina...

Reina.

Cayó un rayo. Si lo hubiera fulminado ni se habría dado cuenta.